



LA ESPAÑA CARLISTA,  
Y  
**LA ALFONSINA.**

OPÚSCULO POLÍTICO

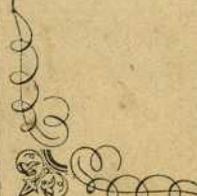
POR

JOSÉ PALLÉS Y BERTRÁN.



IÉRIDA.  
IMPRESA DE MONTES, HERMANOS.  
*Calle Mayor, núm. 76.*

—  
869.



La sangre de un mártir, las palabras de un santo, y el entusiasmo y amor de nuestro pecho juvenil, nos inspiraron otro folleto (a) del cual este viene á constituir una segunda parte.

Aquella pobre obra ha sido juzgada ya por la prensa carlista, y con un juicio tanto mas elocuente y aterrador, cuanto ha sido el del silencio.

Solo algunos periódicos en España le han dedicado unas líneas tan sumamente lisonjeras y benévolas, que no sabemos como expresar á su redaccion el agradecimiento de nuestro pecho, tanto por la espontaneidad con que lo hicieran, como por la condescendencia con que mirarian los muchos defectos que por doquier se notan.

Animados por la redaccion de uno de ellos, (b) nos dedicamos á escribir este opúsculo; mas ántes de poner la mano en la pluma, sólo Dios sabe la vacilacion y angustias de nuestro espíritu; sólo Dios sabe la aterradora lucha que hemos habido de sostener con nosotros mismos.

Lo malo no debe escribirse, y estamos ciertos que malo debe ser forzosamente lo que nos proponemos escribir; no por la materia, sino por la esposicion y por la forma con que lo hagamos, merced á la desconfianza en que nos tenemos.

Y aunque fuese bueno, si no encontrase lectores, no resultaria siempre perdido el tiempo que se emplease en escribirlo? Esta idea nos aterra, porque por la *causa* diéramos la vida.

(a) *Carlos VII el Restaurador.*

(b) *La Voz de Lérida Católica.*

Estamos convencidos de que este segundo será hermano del primero, y quizá le quepa la infortunada suerte de tener mas defectos aun; pero cuando á uno le instan por una parte los amigos, por otra el patriotismo, y por último la conciencia; cuando uno siente una ternura indecible hácia la pobre pátria; la sangre le hierva en las venas, y le salta el corazon lleno de fébril entusiasmo, dentro de la cárcel estrecha del pecho; cuando esto sucede y se tiene el temperamento y génio que tenemos, se pone la mano en la pluma, y se llenan algunas cuartillas, en las cuáles si no abunda mucho la cabeza, sobresale el corazon. Y esto se hace en un vertiginoso afán; con atolondramiento de espíritu; casi automáticamente, sin explicarse más, sino que se escriben unos sentimientos que los amigos, el patriotismo y la conciencia aseguran ser un deber. Y cuando se acaba, se dice: «He llevado un grano de arena para la reparacion de ese edificio querido que se desploma.»

Por eso emplearemos en el cumplimiento de este deber, ese mismo tiempo que hubiésemos dedicado tal vez á una diversion. Si ha de ser perdido, nos quedará la satisfaccion de poder decir: «Hemos hecho lo posible para que no lo sea, y Dios no exige de los hombres otra cosa.»

Y hoy es tan preciso que los nobles corazones que aman un poco á su España, aprovechen las horas en pró de su pátria!

Y hoy es tan necesario que miéntras la piqueta y la zapa trabajan incansables para derribar ese adorable y vetusto edificio, se aunen las voluntades para redoblar sus esfuerzos á fin de salvarla!...

El que en el dia del combate se está indiferente, es peor que un enemigo.

El dia ha llegado; el combate se libra; promete encarnizarse, y nadie debe vacilar en afiliarse á una bandera, (aun cuando sea tan inútil cómo nosotros), porque hay séres que si no combaten con la fuerza moral, combaten inspirando entusiasmo con sus acciones, con sus palabras, ó con la espresion de su rostro.

Todo sirve en momentos decisivos.

Un pobre músico de la montaña de Cataluña nos hizo ganar con sólo su instrumento la batalla de Bailen.

## II.

Escribimos con la vergüenza en el rostro, y con la hiel en el alma; escribimos dominados por una impresion que irrita nuestro puro y entusiasta patriotismo. Qué hay que estrañar si se nos escapa alguna espresion que sea ménos morigerada de las que ahora y siempre ha usado nuestro partido? Qué hay que estrañar si la razon aparece ofuscada alguna vez por los arranques de un nobilísimo y oprimido sentimiento?

La España que sabe morir en Sagunto, para no sujetarse al mando del avaro Cartaginés:

La España que sabe morir en Numancia con la muerte de los héroes, y que como esta tiene un Viriato que se revela á toda dominacion estrangera:

La España que por su independencia luchando, se convierte en el terror de Roma la sibarita:

La España que no pudiendo sufrir dominacion, ni estrangera, ni anti católica, levanta un pendon en Covadonga y con un puñado de hombres, despues de una lucha titánica de ocho siglos, clavando en la Alhambra su estandarte, dice al mundo: «Soy una heroína:»

La España que vence en Otumba; que vence en Pavia; que vence en Lepanto:

La España que se levanta contra Napoleon el tirano de la Europa, y le derrota, y le destruye y le aniquila.....

Esa España acaba de colocar su honra; acaba de poner su suerte en las manos de un estrangero bailarín!!!!

Baldon eterno para quien tal hizo!

Y no está aquí todo lo mas vergonzoso; todo lo mas denigrante; todo lo mas villano.

Ese estrangero, ese bailarín, con todo y ser España la que le

brindan; con todo y ser el pueblo de mayor historia del mundo, ha rechazado por fortuna, aunque desvergonzadamente, una egregia corona que ne se hizo para él!!

Comprendeis todo lo que significa ese desdén?

Comprendeis toda la inmensidad del crimen de quien, ó ciego ó traidor, *contra las aspiraciones y deseos de la patria*, ha hecho que se le diera este bofetón; ha hecho que la historia se vea forzada á registrar en sus páginas una de vergüenza, de humillación, y de vilipendio?

Nosotros vemos en ello, pero en globo, infinidad de ruines bajezas y de detestables miserias. que ni la pluma sabe expresar, ni la razón concebir, pero que todas las siente el alma, amargas, intensas, desgarradoras, empapadas en la hiel del sonrojo, del despecho y de la humillación.

Vergüenza eterna, repetimos!

Y quién pensais que tal ha hecho?

La maldición caerá sobre unos pobres seres... pero no han sido ellos, ha sido un principio quien ha hecho nos condujeran á ese lamentable abismo en que rodamos; á ese deshonorado abismo que les ciega hasta el extremo de ofrecer la corona al acicalado viejo, al *niño de cien años*, D. Fernando de Coburgo; hombre sin abolen-go, sin génio, sin talento, sin amor; sibarita, sólo sibarita!

Podía esperarse otra cosa de la libertad que el desdoro, la denigración y el vilipendio?

Principio destructor que, como el orín, lo gasta todo y todo lo destroza, ha corroido los cimientos de nuestra inmensa Nación, y ha cambiado de forma aparente su bello edificio!

¿Dónde están nuestras glórias; dónde nuestra riqueza; dónde nuestra preponderancia, desde que nos enloquece cuál coquetuela á los amantes que tiene á sus piés, con quiénes juega, á quiénes se complace en martirizar, y á los que arruina?

Todo desacierto, todo denigración, toda pobreza! Sólo se ha mostrado fuerte, en el nepotismo, en la empleomanía, y en la calumnia.

Ese principio malhadado nos ha conducido al extremo en que,

nos vemos; esa ceguera presuntuosa y maldita nos ha llegado á poner un estigma de degradación en la frente.

Y puede continuar eso? Puede prolongarse semejante *bamboleo*, semejante miseria, semejante indecisión?

Vámpiros funestos de la patria, y de quiénes está cansada ya, lo quieren por egoísmo. ¿Pero tendrá bastante fuerza de voluntad, esta hasta hoy ciega nación, para oponerse de frente á la seductora corriente de principios emitidos, pero no practicados por ellos? Lo tememos, pero nos parece llegado el momento.

Y sin embargo ilusos hay que esperan el desarrollo de esa fruta liberal, sin ver que está ya sazónada, y á la que sólo le falta caer del árbol. Estos esperan la constitución de sus principios, y la paz que nunca vieron en ellos, bajo la Monarquía de don Alfonso de Borbon.

Pobres soñadores! Pobres almas cándidas, á quiénes tanto desengaño no basta para abrir los ojos!

No vén en ello la misma empleomanía, los mismos defectos del régimen pasado?

Para estos hombres escribimos este folleto. Ojalá que llegue á convencerles, para bien y prosperidad de nuestra querida y trabajada España.

Hagámonos pues cargo de todos los argumentos que se nos pueden aducir, y refutémosles según nuestra pobre pero sana razón, y nuestro sincero aunque audáz españolismo nos dictaren.

### III.

Quiénes invocan la restauración de la Monarquía española en la persona de D. Alfonso?

He aquí una pregunta á la cual es muy fácil contestar historia en mano.

¿Nó nos será permitido decir al pueblo, á ese pobre pueblo tan lamentablemente alucinado, tan descaradamente vendido, no nos será posible, repetimos, decirle una verdad monda y desnuda?

Quienes son, preguntamos por segunda vez, los que invocan la restauracion en la persona de D. Alfonso?

Son unos hombres que se han valido siempre de sus talentos para engañar al pueblo.

Gente sin carácter y sin principios fijos, su bandera favorita ha sido un desenfrenado egoismo; su gran programa la hipocresía.

Como un giratorio á merced del viento, les hemos visto cambiar de opiniones segun el aire que soplabá; como una Ondina meciéndose sobre el abismo de las aguas atrae á sí al fatigado viajero, hemos notado que han hundido en el caos á la patria, para soltar una carcajada mefistofélica sobre su tumba, despues de haberla sepultado en ella con sus trazas y engaños.

Semilla exótica en nuestro suelo, é importada del francés, se inaugura el año 12 en Cádiz con el llanto y los gemidos de la nacion.

Presagio de una tempestad que brama y amenaza el estermio, siembra, llena de famélico orgullo, de cadáveres la tierra en el año veintidos.

Miseria degradante y fatídica, se tiñe con sangre de inocentes el 35; se alumbrá con inmensas hogueras, como el espíritu de la destruccion; se ceba en la muerte de los leales, y conduce en su frenesí al hombre pensador, á avergonzarse de pertenecer á la raza de aquellas fieras. Brama como un mar irritado, y su oleaje turbulento no piensa mas que en la destruccion; no reconoce la belleza; no deja en pos de sí mas que escándalo, vergüenza y ruinas, y ni respeta síquiera, lo que las huestes de Napoleon por bello respetaron.

Nefanda y sordida avaricia, encarnacion de las pasiones que bullen, ni le detiene la propiedad, ni considera en su infamia. Quiere enriquecerse, y santifica el robo; quiere encumbrarse y pone á sus pies la justicia y la moralidad; quiere endiosarse, y coloca al Eterno por escabel de su trono.

Bajo el nombre de cristianos pegan una descarga al Santísimo Sacramento expuesto; fusilan á la Virgen María; ahorcan á los santos, y ponen en caricatura al Eterno Padre:

Bajo el nombre de caritativos, se apropian los bienes de los hospitales y de las casas de beneficencia, y su mano no se abre para dar una limosna que no sea á tambor batiente:

Bajo el nombre de protectores de la ciencia, venden á los especieros para cucuruchos, arrobas de preciosos manuscritos, sacadas de las bibliotecas de los conventos:

Bajo el nombre de católicos, desprecian al Papa y le insultan, y despojan á la Iglesia de sus bienes, y queman conventos, y matan frailes:

Bajo el nombre de humanos, no atienden al derecho de gentes; no abrigan un sentimiento filantrópico, y solo se entregan al transporte de su furor:

Bajo el nombre de economistas, aumentan cada dia los impuestos, las contribuciones, los empréstitos:

Bajo el nombre de protectores de la industria, mueblan sus casas de objetos extranjeros; desdeñan los nacionales, y aprovechando el espacio que su caída les dá, van á despilfarrar en el extraño suelo, lo que aquí cuesta al pueblo tantas gotas de sangre:

Bajo el nombre de patriotas, dan á la patria una revuelta cada dia; un pronunciamiento cada mes; una revolucion cada año:

Bajo el nombre de justos, no acatan niuguna ley; solo atienden á su capricho:

Bajo el nombre de populares, deprimen al pueblo, le envilecen, le desprecian:

Bajo el nombre de españoles, pierden las posesiones de la patria; dejan que se la insulte impunemente, y hasta se dispensan de la hidalguía, de la dignidad y de la honradez.

Su política es un negocio; su inspiracion el egoismo; sus armas la hipocresía y la calumnia.

He aquí lo que son. Veamos lo que quieren.

Necesitan tener al pueblo en el puño; necesitan jugar con el pueblo, y le fascinan con la palabra, repetida millones de veces, con esa palabra que no les pertenece porque es santa; *libertad*.

Bajo el deletéreo influjo de esa fatal fascinacion, cierran los ojos al pueblo para que no vea sus desaciertos, que casi siempre

son criminales, porque son hechos exprofeso.

Y cuando tienen cegadas á las masas, entonces se dicen;

—Ahora en politica seré un Metternich, siendo un necio; en *hacienda* un Necker siendo un estúpido; en guerra un Alejandro siendo inesperto. Seré en marina un Churruca; en diplomacia un Cisneros; en religion un Agustin, y en lealtad un Scévola; qué importa que sea un ignorante, un apóstata, un traidor?

Y llegado este caso, el pueblo aplaude sus necesidades, celebra sus desaciertos y santifica sus crímenes.

Sepulcros blanqueados, no tienen mas que podre, y mañas y egoísmo.

Quieren el apoteosis de sí mismos, y se levantan estatuas. Afortunadamente no han llegado á levantarse templos, porque temieran que el pueblo no lo sufriría.

Quieren como los lores de Inglaterra asumirlo todo, poder, gloria, riquezas; y ante semejante deseo, no se paran en consideraciones. Lo que no les conduce á ello son nimiedades.

Quieren..... En una palabra; quisieran vivir en el sol para tener el mundo á sus pies.

Cuando el sencillo pueblo recibe con entusiasmo uno de sus manejos desdichados, riéndose de él le dicen «necio.»

Y aquel entusiasmo en el que contaron, lo convierten en provecho propio y en daño de la nación.

Invocan la libertad para hacerse esclavos, porque el humo del incienso les enloquece.....

Espíritus llenos de envidia y de miseria, no pueden ver, como Satan, la felicidad sin que atenten á ella.

Sube uno para enriquecerse? A su espalda está otro déspota caido que espera su turno, y en estrangera tierra el *destronado* mofándose de la pátria, y dilapidando los intereses que usurpó al pueblo, para volver á las andadas en cuanto no le quede un recurso.

Quieren asumirlo todo en sí; quieren ser la cabeza para que todos los demas sean miembros sujetos á sus caprichos.

Necesitan la calumnia para lograr sus intentos?

Pues se calumnia con la mayor sangre fria.

Necesitan atar las manos al pueblo para conseguir sus deseos? Pues entonces nuevo ejemplo de Dalila, le descubren su secreto y le encadenan durmiendo.

Necesitan arrancar una página á la historia, para que se preste á sus manejos? Pues entonces la rasgan con sangre fria, y no se detienen ante la deshonra de su pátria.

Qué les importa á ellos la honra de España? Qué puede importarles sino les importa la suya?

Lo que desean, por lo que trabajan, es por el oro, y la consideracion de los ilusos.

Con esa consideracion se alcanza todo.

Con ese oro se compra todo en nuestros adversos tiempos.

Si no pueden por uno ni otro de dichos conductos comprar una lágrima á su memoria, y una admiracion á su honor, no les importa; la gloria póstuma es una necesidad; los huesos no sienten; las cenizas no aspiran el humo del incienso, ó las auras de la degradacion.

Oro, oro..... viven en un mundo de exterioridades y solo la materia les atrae y les inspira.

Ved aquí lo que quieren.

Donde van? Do vá la mariposa dando torpes vueltas en torno de la luz; do vá un ciego perdido por un sendero, al término del que hay un abismo.

La union es la fuerza; la desunion la ruina.

Pólipo fatal hasta para si mismo, en cuantas partes se divide en otras tantas contrae nueva vida, pero mas pequeña, mas raquitica, mas miserable. Como las arañas que se reproducen, los hijos devoran á sus padres, para ser devorados á su vez por los que ellos engendraren.

En nuestro citado folleto hemos tenido ocasion de probarlo.

Proclamando la libertad desatan la fiera; matan la autoridad porque ellos necesitan abrogarsela, sin ver que les debe suceder, por consecuencia, lo que le sucedia á Lutero, *su gran maestro*, quien despues de haber inspirado y predicado la emancipacion de

Roma para quedarse el con el pantificado, el pueblo, segun sus mismos principios, le negaba la obediencia.

¿Y cómo no, si quieren hacer de cada hombre un rey, para que de este modo tengan mas expedita la via de ser unos déspotas?

Necios! Ellos mismos posponen el interes verdadero á su vanidoso interés del momento, y no ven que si hoy engañan, y engañan mañana, al dia siguiente las masas desenfrenadas, á las cuales desataron las pasiones; las masas furiosas, en virtud de aquellos mismos principios, les vienen á pedir cuenta de sus actos con el puñal y la tea, porque ha llegado el dia de la espacion.

El abuso del número en la autoridad es su muerte. Ellos lo establecieron, y no es estraño que se desborde el pueblo, cuando cree en su frenesí de venganza y de furor, que no hay, ni en el cielo, ni en la tierra, quien deba pedirles cuenta de sus actos.

Quién duda que la autoridad es como Dios absoluta? Quién duda que la autoridad no fuera autoridad si se le restringiese el poder, como Dios no fuera Dios si se le restringiesen los atributos?

La autoridad es sola, es omnimoda. Fraccionadla, quitadle algo, y la hallareis nula.

El principio liberal la restringe, la merma, por lo mismo la mata. Puede vivir una sociedad sin autoridad? Si no puede vivir, no es cierto que la libertad es le anarquía?

Francia dá la libertad, y á los pocos dias la encontramos con el Reinado de terror.

Roma dá le libertad, y á los pocos dias le sucede como á la Francia.

Dá Italia la libertad, y las entrañas del Etna no bullen como ella, cuando amenaza una espantosa erupcion.

Austria dá la libertad, y á pesar de hacer muy pocotempo, el pueblo reta al Emperador, para retarse despues á sí mismo.

España dá la libertad, y ahí tenemos la eterna y lógica consecuencia. El envilecimiento; la miseria; la fraccion; el odio; y lo que es mas, mañana tendremos el caos.

«Quién sabe lo que puede suceder en el transcurso de un año!»  
Decíamos en nuestro folleto anterior y lo repetimos aquí.

Un justo medio no puede encontrarse entre el liberalismo y la autoridad. Ceder el uno es proclamar su muerte; ceder el otro, es autorizar su ruina.

Ambos á dos deben tender á destruirse, y en ello preciso es que se emplee algun tiempo, porque los elementos son poderosos.

Ha caido Doña Isabel, porque ella se preparó le ruina halagando y protegiendo el liberalismo. No quiso ó no supo matarle, y él ha vencido. Era consecuente.

Mas ¿donde nos conducirá esa victoria que se preparaba desde el reinado de Cárlos IV?

Cotejad los antecedentes; mirad el espíritu de los hombres, y le marcha de las cosas... Al extremo de ellas hay una Convencion francesa, con sus repugnantes héroes; hay en el poder un Robespierre; en les altares una prostituta; en la nacion un charco fétido é inmenso de humeante sangre; allá en el horizonte un déspota arbitrario y voluntarioso... por todas partes la desolacion, la deshonra, la vergüenza.....

Cotejad los antecedentes, y vereis como resulta esta fatal consecuencia, que eriza el cabello, helando el corazon.

He aquí donde van; he aquí á donde les impulsa el destructor principio que invocan esos hombres, sedientos de honores, de ambicion y de poder, (para imponerse de nuevo al pueblo que les arroja), en la monarquía liberal de D. Alfonso, el infortunado ex-principe de Asturias.

Puede querer esos hombres y esos principios la España?

Si no les quiere, y D. Alfonso no tiene otros defensores, puede ocupar el trono del cual ha sido arrojada su noble madre?

Desengañarse, liberales, habeis caido y no podeis volver á subir; es imposible! La España os aplica con razon el verso de Espronceda:

Hijos espúreos y el fatal tirano  
sus hijos ha perdido,  
y en campo de dolor su fértil llano  
tienen ¡ay! convertido.

#### IV.

De lo que hasta aquí tenemos dicho se desprende que D. Alfonso no puede venir, á causa de los principios que representarían los hombres de que sería fuerza rodearle.

Mas admitiendo de paso la hipótesis de que viniese, séanos lícito examinar sucitamente si le fuera decoroso.

Una revolucion la mas estúpida, la mas contradictoria de todas, acaba de arrojar á su madre del trono de S. Fernando.

Esa misma revolucion refiriéndose *tan solo* á la familia de don Alfonso, ha dicho; «*No mas Borbones!*»

Y el pueblo frenético se ha complacido en llenar de dieterios á Isabel II, al paso que arrojaba sus retratos á la hoguera con aplauso.

¿Y el hijo puede ocupar con dignidad, con honra, un trono en el que se ha sentado su madre, del cuál ha sido arrojada, y por el cuál se ha visto vilipendiada?

¿Y está cierto el hijo, (que recordará todos los días de su vida las amargas escenas que le arrojaron á la emigracion), que cuando tenga suficiente criterio no se entregará á la venganza?

¿Y si no siente las punzadas del honor ofendido, tendrá suficiente dignidad para gobernar un pueblo de honrados?

¿Y si los siente, tendrá suficiente virtud, suficiente valor, suficiente fuerza de voluntad, para que algunas veces la justicia no parezca y sea mejor venganza?

¿Podrá sentarse jamás tranquilo en un trono que le traerá á la memoria vergonzosos recuerdos; en el trono español, sin que recuerde á su madre deshonorada, á causa del mismo?

Y la deshonor de la madre no se trasmite al hijo?

Perdónesenos nuestras espresiones; nada creemos de lo que se ha dicho, pero es fuerza que nos hagamos cargo de ello. Sin embargo debemos establecer que no nos referimos á la vida y á los

actos íntimos, que sólo Dios debe juzgar, sino á la vida y á los actos públicos, que podemos tratar con toda libertad y decoro.

¿Y despues de eso, fuera decoroso que el príncipe usurpase el trono á la reina?

¿No revelaría una sed hidrópica de mando; un afán incalificable de poseer un puesto del cuál la familia ha sido arrojada?

¿No sería demostrar á Dios, al mundo y á sí propio, que prefiere la posicion falsa de un trono como el que se le ofrecería, al cariño y respeto que debe á una madre?

Y es muy decoroso para un hijo proceder así? Demuestra mucho amor á la que le trajo en sus entrañas? Si no demuestra amor es que no lo habría, y quién no ama á su madre puede amar á su pueblo?

En el primer caso no conviene al amor y decoro del hijo; en el segundo no conviene al bienestar y prosperidad de la España.

A nosotros, que tenemos por todo patrimonio la honradéz, nos sucede que de dónde nos hayan echado, ó en dónde no podamos entrar sin la vergüenza en el rostro, no ponemos los piés.

¿Será de peor condicion que el oscuro vasallo, el que fué su Príncipe, el candidato al trono? ¿No se sonrojaria como nosotros al entrar en España, y tendria eternamente el sonrojo en la cara, y la llaga en el alma?

Un abuelo de D. Alfonso espulsó los Jesuitas, porque un calumniador le dijo que se permitian dudar de su honrosa cuna. El decoro de aquel rey era decoro real, y la herida que le infirió trájola hasta el sepulcro. A cuántos habia de espulsar de España don Alfonso en el primer caso! Y en el segundo podria mirar los calumniadores sin que la sangre del corazon le afluyera al rostro, cubriéndole de los matices de la vergüenza?

El caso de Carlos III sólo lo sabian el calumniador y el rey. Y el presente, pobre niño! el presente, sin dejar de ser lo que fué el de vuestro abuelo, lo sabe todo el mundo, para eterna reprobacion del infame calumniador; para eterna mengua de los lábios que lo han dicho; para eterno baldon de las plumas que lo han escrito, olvidando unos y otros que nacieron en España, y que la Espa-

ña se avergüenza de ellos; no les reconoce.

Si como hijo y como hombre no pudiese ocupar el trono con el debido decoro, ménos pudiera hacerlo como monarca.

D. Alfonso habrá aprendido la historia de Isabel II, en los lábios de su egregia madre, por cuya razon no se le ocultarán los misterios de esa historia, los pesares que en ella hay esparcidos y las lágrimas que hay sembradas.

D. Alfonso sabrá punto por punto las exigencias del sistema representativo, exigencias que obligan á lo que repugna, y que hacen imposible lo que se desea.

D. Alfonso sabrá, (porque presumimos que D.<sup>a</sup> Isabel cumpliendo con su deber se lo habrá dicho), que la autoridad del monarca constitucional no es autoridad; no es mas que sombra y que el rey de los liberales es, mas que rey, y permítasenos la frase, una pantalla.

Los verdaderos reyes son los ministros, á quiénes ni siquiera puede deponer sin la firma de otro ministro, los cuáles mandan, y cuyos actos tiene que sancionar, por mas que repugnen á su conciencia.

Y un rey con ménos poderes que un ministro! ¡Un amo supeditado y esclavo de la voluntad y del capricho de su criado! Nosotros somos unos pobres, y no admitiríamos ese trono porque tenemos algo que vale más, y á lo cual habríamos de renunciar. Ese algo es el *decoro*.

Y no está aquí todo aun.

D. Alfonso habrá podido ver que en el momento de la resolución, las responsabilidades de todos los desaciertos que se han cometido, se hicieron recaer sobre su inocente madre, sin acordarse del que verdaderamente las cometiera; sin acordarse de que las cometiera impune, y viniendo á aumentar con su peso, el amargo infortunio de la pobre é inocente emigrada.

Qué pudo hacer para impedir esos desaciertos?

Era el capricho de los ministros; estos tenían mayoría en las Córtes; el Trono poca fuerza para presentarles batalla, y ellos elementos mas que suficientes para levantar un pronunciamien-

to y hacer, por medio de la fuerza bruta, aparecer á la Reina real de lesa nacion, cuando el amor al pueblo la hubiera guiado tan solo.

¿Qué podia hacer, repetimos, para impedir esos desaciertos, cuando segun cuenta una anécdota que pulula por ahí, un hombre de los mas importantes del liberalismo, faltando al respeto que su Reina debia merecerle, y á la atencion que el caballero debia á una dama, poniéndole la pluma en la mano, y cogiéndole esta misma mano, la hizo firmar un documento que repugnaba á su conciencia, acompañando su execrable accion con estas despóticas frases:

—*Aprisa, aprisa, Señora!*...

Otras mil anécdotas se refieren todavia, y que nosotros no trascribimos aquí, porque no queremos empañar con ellas estas páginas; anécdotas que son para el que las estudia seriamente, la filosofía del liberalismo.

Cuál era, preguntamos ahora, cuál era la causa de esas denigrantes acciones? La falta de brillo en el Trono, cuya luz opaca miraban esos fuegos fátuos, y se envanecían por presumirse estar mas elevados que él, y mas brillantes.

Y de donde procedia ese desacato eterno? De la falta de autoridad. Quien habia mermado esa autoridad? El *liberalismo*.

La autoridad es una, indivisible, como Dios, repetimos.

*Allí donde la autoridad está dividida está muerta.*

Vosotros la habeis querido dar al pueblo para abrogárosela, liberales, y vosotros la habeis muerto para el pueblo que necio adopta vuestros principios.

Y no nos digáis, por Dios, que en Inglaterra gobierna una mujer y no se cometen los desaciertos que en España; no nos digáis, por Dios, que esa mujer refrena las faltas de sus ministros; porque os contestaremos que no sabeis como está el liberalismo en la Gran Bretaña; que no sabeis si esos desaciertos se cometen, porque entre el Trono y los lores se absorbe todo, y el pueblo de aquella nacion es mudo; y por último que no sabeis que la aristocracia inglesa necesita el sòlio, por cuya razon conserva su prestigio.

Quisiérais achacar á una mujer la falta que és de todo un principio. ¡Necios! Donde está vuestra lógica? Donde vuestra prevision? Al derogar la Ley sálica podiais ver ya esos resultados que achacais à la debilidad de D.<sup>a</sup> Isabel.

Pero como prueba concluyente de que no es de la persona, sino de un principio; de que no es de la debilidad de una mujer, sino de la tiranía de una idea, ahí està Italia con su Rey al frente, en cuya nacion se cometen escesos que por fortuna no se cometieron en España; y esto se hace à ciencia y pacencia del Trono; à voluntad del mismo Trono, pues él y no otro lo autoriza, tal vez por fuerza.

Ahora bien, dejad que os preguntemos: «Si tal es el sistema, sería decoroso para D. Alfonso, admitir esa semi-corona?»

—Pero vos, Príncipe, no podeis prescindir del decoro, y por lo mismo creémos que no aceptaréis un cetro que se os disputaría, y que tal vez perdierais en la lucha, por fortuna vuestra.

## V.

Un cuadro verdaderamente lastimero y desgarrador se nos ofrece á la contemplacion desde el 29 de Setiembre para acá.

Pobre España ¡quién te lo dijera á principios de este siglo, cuando tus hijos animados por un solo sentimiento, é inspirados por un solo amor, se lanzaban al combate todos á una misma voz, como si fueran un mismo sujeto!

Entonces solo se hablaba de independenciam; entonces dó quiera resonaban con el mismo entusiasmo y fébril exaltacion las palabras sacrosantas de *Altar, Patria y Rey*. Y á tan mágicos acentos, todos los corazones se movian con un solo latido.

Hoy la situacion ha cambiado por completo!

Un partido, hijo de las sectas secretas, inspirado en sus venenosos y deletéreos principios, proclama la República para emanciparse de toda autoridad, para reirse de Dios impunemente.

Ese partido quiere que los héroes del Dos de Mayo sean su-

yos, sin advertir que pelearon por la *Religion* y el *Rey* que ellos quieren destruir.

Otro partido que predica tambien los derechos individuales, y que tambien se apropia los mártires de nuestra independenciam, pretende poner en las sienes de un extranjero la corona mas brillante de Europa, sin tener en cuenta que así venden aquella independenciam, y que el Dos de Mayo combatió por ella como una leona á quien arrebatan los cachorros.

Y todos esos principios, todas esas ideas, trabajan y trabajarán incesantemente para su definitivo y total triunfo.

Todos esos partidos hánse confabulado para arrojar á D. Alfonso de España. No es muy lógico que le impidan volver si pueden, y si no pueden que traten de destronarlo de nuevo, y eso aun procediendo con escesiva condescendencia.?

Esto en cuanto al Rey. ¿Y en cuanto á la nacion?

Para conseguir su triunfo habrían de trabajar con mas fuerza, con mas afán, y España se vería, merced á ello, reducida de nuevo á las revueltas, pronunciamientos y revoluciones, en lo cual nada gana, y con lo que se desmoraliza, se deshonra y se arruina.

Y no es esto todo.

Si mirando á la situacion mas pacífica y benigna no nos pudiera traer nada mejor que aquello, naturalmente contemplando el cuadro bajo las aspiraciones de la revolucion, traería la sangre, el robo, el desenfreno y la muerte; la anarquía en fin, pero completa, horrible, espeluznante!

Si esta es la lógica, lógica será tambien, que se necesite una mano fuerte, una voluntad decidida y de hierro, para hacer retroceder á la España de esa deleznable pendiente que recorre; y se necesita además, que ese hombre represente un principio verdaderamente español; que esté rodeado á la par de toda la magestuosa dignidad y fuerza de ánimo, de toda el alma de un héroe. Cuando un buen padre vé descarriarse un hijo, adopta todos los medios para salvarle, por fuertes que parezcan. Despues el hijo le dá las gracias.

to elevadísimo, inspirado por una lógica que él no se explica, pero que al fin es lógica. Ese fondo, esa lógica está en la revolución de Setiembre como en todas las cosas.

El contento que demostró el pueblo al ver el trono vacío, se pretenderá hacernos creer que fué por la caída de ese trono? En nuestro folleto anterior hemos probado que nó; hemos probado que fué por la caída de la situación representada por él, y desempeñada por los gefes de los partidos político liberales.

Y como esos gefes han sido poder todos ellos, y no han correspondido jamás á los deseos de la patria, y á lo que de ellos se merecía, de ahí que esa satisfacción demostrada por las masas el 29 de Setiembre, fuese un grito de júbilo dado en el momento en que se creía que el regreso de esos hombres y de sus principios era imposible. Pensaba el pueblo haberse emancipado de un principio; no de una institución, ni ménos de una persona.

Y ese júbilo ¿no demuestra que hombres é ideas están desacreditados, que son imposibles, que no pueden poseer jamás la confianza de un pueblo que les rechaza, y del que de un modo tan escandaloso abusaron?

En dónde están pues esos hombres, verdaderos patriotas, verdaderos amigos de la España? Existen, sí, pero no pueden formar en las filas de D. Alfonso, porque militan constantes, sin que les hayan arredrado treinta y cinco años de vilipendio y de emigración, bajo la bandera que juraron defender hasta morir, por la felicidad de su infortunada patria, y por la legitimidad de su trono.

Esos hombres han sido morigerados en sus palabras; tolerantes en sus apreciaciones; católicos en sus procedimientos; ilustres y grandes en todas sus obras, pero sobre todo *españoles, y como á tales, honrados, nobles y siempre dignos*; lo que no pueden decir los liberales.

Ellos no han vejado jamás á su patria; ellos no han hecho traición jamás; ellos no han empequeñecido nuestra historia, ni empobrecido el país; ellos en fin han hecho siempre justicia, y se han visto sus adalides defendiendo siempre la verdad con una

abnegación sin límites, ya con las armas, ya con la pluma, ya con la palabra.

Esos hombres necesita y pide la España, y esos hombres, repetimos, no figuran junto á la candidatura de D. Alfonso.

Si los primeros, pues, no pueden volver porque la nación no los quiere, y los segundos no pueden asistirle porque su deber se lo impide, quién vá á ser entónces regente del Reino?

El caso sería chistoso si esa regencia no pudiera llevarse á cabo por falta de regentes!

Ahora bien; despues de lo dicho y espuesto, ¿no será lógica la conclusión, que D. Alfonso no puede volver para empuñar el cetro, *por ser él quien es; porque necesita la España otro régimen que el que forzoso sería nos diese, y por la completa y omnimoda carencia que tendría de hombres que inspirasen al pueblo una verdadera confianza?*

La situación ha terminado, y España reclama la era de la restauración, para lo cual tiene su representante en D. Carlos de Borbon y de Este.

Dichoso para la patria el día en que vea asomar por el oriente los blancos destellos de esa aurora, que abrirá á nuestra historia una nueva era, y á nuestro país la felicidad que tanto se merece.

Nosotros le saludamos enternecidos, porque sabemos que ese día vendrá pronto, muy pronto.

#### IV.

Pretender resucitar un muerto es una insensatez; tocar con el brazo tendido las estrellas un delirio; pero hacer que retroceda Dios en su inflexible justicia es una locura.

Esto consta á D. Alfonso, á su ilustre madre, y á todas cuantas personas les rodean, porque queremos hacerles á todos la merecida justicia de pensar y creer, que no solo tienen un recto y claro juicio, sino también una noción cabal y exacta de Dios, almenos tal como podamos tenerla los mortales.

Qué el Trono ha muerto para ellos en España; lo dice toda la nacion. Levantarle de nuevo, no fuera resucitar un muerto?

Qué el pueblo no quiere mas esa familia, lo repite de seis meses á esta parte, con una constancia aterradora para D. Alfonso. Restaurar ese Trono contra la voluntad de la patria toda, ¿no fuera lo mismo que pretender alcanzar con el brazo tendido las estrellas?

Pero ademas de eso, hay otro argumento mas fuerte, de un valor irresistible porque es sobrenatural, porque viene de Dios que tarde ó temprano castiga la usurpacion.

Si la egregia madre del ex-príncipe dice que ella ocupaba el poder por voluntad del pueblo, ese pueblo, en virtud de la facultad que le confiere ella misma se lo podia quitar. Para algo lo hizo, y no fué por cierto para volver á colocar la corona, ni en sus sienes, ni en las de su hijo.

Pero supeniendo que D.<sup>a</sup> Isabel alega en favor del último el derecho divino, debemos hacerla observar, qué Dios sabe mejor que ella que ese derecho no le asiste. Afortunadamente lo ha confesado ya la España oficial; esa misma España que pocos meses atras defendia lo contrario.

Donde pueden agarrarse ya las candidaturas de la madre y del hijo? Si acuden al derecho del pueblo, el pueblo les rechaza; si se amparan del divino, ellos fueron los primeros en romperle. Suponemos que seria innocentemente, pero si se insiste en el proposito, no vacilaremos en decir que se aspira y trabaja por corroborar la usurpacion, y que esa usurpacion es grata á los interesados.

La felicidad que no ha venido á España, por conducto de esa familia en el término de treinta y cinco años, vendrá ahora? No.

Entonces es una impostura prometerla; esperarla una lamentable ceguera!

Dios á quien se ha ofendido con una usurpacion; Dios á quien se ha tratado de contentar con apariencias, al propio tiempo que se trataba de halagar al diablo, derribando conventos y matando frailes; desprestigiando la Religion, y atándole las manos,

ese Dios puede bendecir aquella causa?

Los azagos dias del reinado de Isabel II, estan escritos con caracteres de reprobacion en el libro de la justicia divina.

La raza está proscrita del Trono de S. Fernando, no hay que hacerse ilusiones; Dios no lo quiere, y no será; *no puede ser*.

Considérelo el pueblo español, y se reirá de la candidatura de Alfonso. Considérenlo la madre y el hijo, y si son verdaderos católicos, (como nos complacemos en suponer), acatarán la frente bendiciendo los inescrutables designios de la Providencia, que de un modo tan inesperado y franco se los demuestra.

Dios ha indicado no querer mostrarse indiferente á la causa que ha de ocasionar la felicidad á la nacion que es el patrimonio de su escelsa Madre.

Una insistencia tenaz, (que no vacilaremos en calificar de descabellada), si se demostrase por parte de la familia de D. Alfonso, acarrearía inmensas desgracias sobre ella, porque la justicia de Dios que ahora ha caido sobre el semi-justo, pesará inflexible sobre el reincidente, con todos los visos de criminal. Delante de Dios no hay que alegar una ignorancia, que por tantos hombres se ha procurado desvanecer. La verdad se ha dicho ya.

—Oh vosotros que defendeis esa candidatura absurda. si queda en vuestros pechos un poco de amor pátrio, por cuanto tenéis mas caro os suplicamos no insistais en tan descabellado propósito, si no quereis que caigan sobre la España las iras del Eterno irritado!

—Y vos, Señora, á quien compadecemos; si amais á vuestra patria y á vuestro hijo, haced por ellos el sacrificio de desistir, que sino... ¡ay de todos!... No escuchéis las voces de vuestros satélites, interesados tan solo en su provecho, no en el de la patria y vuestro, por mas que os aseguren lo contrario; oid la del Señor. que os habla en el santuario de vuestro corazon, que sino... ¡ay Reina de las desdichas!... ¡ay Príncipe de los infortunios!... ¡ay suelo privilegiado, convertido en el palenque de la justicia divina!.....

Él es justo, lo sabeis, y os lo repetimos una vez mas. Aplicaos en diverso sentido, las palabras del profeta Nathan á David si vacilais, y la palabra de Dios hará su efecto.

## VII.

Para aquellos aquienes quepa alguna duda aun, vamos á remitirnos á la fuerza indestructible é irrecusable de los guarismos.

Mucho se ha traicionado la Monarquía paternal de nuestros Reyes; muchas calumnias y especies de toda índole han circulado para desacreditar aquel sabio y prudente sistema, á fin de convencer al pueblo de una impostura, y persuadirle del *sincero amor* que los liberales le profesan.

Estos para probar su patriotismo, han entregado nuestra patria á los horrores de una division política inmensa; han consentido que se nos denigre y desprecie, sin pedir estrecha cuenta á la nacion que tal hiciera; han perdido algunas de nuestras posesiones, y ahora mismo hay quien defiende la emancipacion de Cuba, no ya en el café y en la prensa, sino en el mismo Congreso, en el palacio de la representacion nacional!

En cambio los *tiranos Reyes* vieron su pueblo unido siempre marchar á la grandeza, bajo un solo pavellon y un solo lema; no consentian que ninguna nacion estraña nos insultase, sin darle una leccion y un castigo condigno; y en vez de perder las posesiones de la patria, las aumentaban, ó cuanto ménos conservábanlas, como un sagrado depósito, bajo su cuidado, por lo que nadie se atrevía, ni siquiera á imaginar, pudiera venir un tiempo en que se defendiera en España la pérdida de esos ricos florones que adornaban nuestra Corona.

En política los hemos visto marchar á traspies como un beodo, sin rumbo ni bandera fija, entregados á merced de la casualidad, y confiando la nave del Estado al veleidoso voluntarismo de los vientos liberales.

A ello debemos los miles de fracciones en que su principio

político se ha dividido, de modo que casi preciso se hace ya un diccionario para recordar tal y tanta nomenclatura.

Y á esa inestabilidad de ideas se debe que hoy defiendan lo que mañana combatiran, y que mañana abracen lo que hoy detestan, para volver á aborrecerlo dentro de una hora.

¿Qué tiene de particular que el Estado marche, conforme hace treinta y cinco años marcha, siempre bamboleando, siempre dando sacudidas violentas, y que nunca haya podido encontrar un punto donde rehacer sus fuerzas por medio de un descanso de cortos minutos?

Dirigida por tan *hábil*es políticos, no nos estraña que se encuentre la España en tan lastimero estado; lo que nos maravilla, es que la casualidad y los vientos hayan sido con su nave tan complacientes, que no se haya hecho hastillas en una roca de las muchas con que ha tropezado. Siempre protegiendonos la mano del Eterno!

Pero si los liberales de D.<sup>a</sup> Isabel, de D. Alfonso se muestran tan patriotas y profundos en política, no se quedan atras, (de modo que comprometan su esclarecida reputacion), con respeto á asuntos financieros y presupuestivos.

Quisieramos que todos los que invocan la monarquía de don Alfonso, se detuviesen á considerar un poco sobre el estado comparativo de los gastos del presupuesto español, que desde el año 1830 hasta el 67 incluimos mas abajo, porque presumimos que todos ellos hacen coro con el resto de España para pedir grandes economías.

A la muerte de Fernando VII se aumenta notablemente la contribucion territorial, porque el nuevo sistema político es mas caro. Y para darle un colorido de razonable, se dice respeto á él: «*Lo bueno cuesta.*»

Y el pueblo se queja, pero lo tolera.

Pocos años despues, y cuando ya la nacion se ha acostumbrado á pagar, se aumentan los gastos, y por consiguiente deben aumentarse los ingresos.

El pueblo se queja ya con mas vehemencia, pero se le repite

la calmadora frase, y se aquietta, aun que de mal grado.

Al año siguiente se pone una contribucion mucho mas cargada, y le llega su turno á la industria, porque con el aumento de la primera no se puede cubrir el del presupuesto.

Y continuan estas dos aumentándose de un modo rápido; más como su importe no llena los gastos, se ha de acudir à otra contribucion; y allá vá la impuesta à las fincas urbanas.

España empieza á lamentarse por tantos gastos, (los cuales no le dan otro resultado que el que dá el agua al hidrópico; aumentarle la sed), sin producirle otra cosa que el de no ver mas que vicio y deterioros, en vez de las mejoras que de tanto gasto tenia razon á esperar.

Pero no por eso se cesa en aumentar los impuestos, sino por el contrario, se idea una contribucion sobre los comestibles, á fin de nivelar los ingresos con los gastos.

Se irrita la España por tan odiosa contribucion, cuando mira el abuso que de su mansedumbre y confianza se hace, pero el liberalismo le promete mucho; se mitiga el pueblo y espera.....

Y ni tan solo el *mons parturiens* aparece; las cosas permanecen *in statu quo*, las promesas se olvidan, y los aumentos de las contribuciones marchan con una rapidez asombrosa.

No hay bastante, sin embargo, con esos aumentos, y se recurre á los estancos; se sube el valor del papel sellado; se fijan à cada pliego el número de letras y de líneas que deben contener, y se obliga á hacer tal ó cual escritura en éste ó aquel papel. Avasalla el gobierno el tabaco, la sal, la pólvora, y nos amenaza con estancar..... quién sabe si hasta el pan?

Pero no basta, no basta..... Cada año el presupuesto aumenta más, y por consiguiente deben aumentar los impuestos. Se pone en tortura el entendimiento para crear nuevos ingresos, y aparece la ley hipotecaria en la que se manda, so pena de una crecida multa, que en el término de algunos meses esten registradas todas las escrituras de la nacion.

Tampoco no basta para saciar ese eterno hidrópico, el presupuesto. Se crea el papel de mltas, y se imponen para cualquier

cosa; mas esto que produce poco, no satisface, (ni aun con el aumento gradual de las contribuciones mas arriba espresadas), las nuevas necesidades del presupuesto; se aumentan la categoria y números del papel, con su correspondiente precio, y para colmar la medida, se acude á la espantosa cantidad que se exige en el traspaso de bienes de uno à otro de una misma familia.

El pueblo desesperado grita, y se espeluzna à cada nuevo recargo, à cada nuevo impuesto, pero ni por eso bajan los gastos, antes por el contrario suben con pasmosa rapidez, ni el gobierno cesa en la mania de torturar su entendimiento para dar nueva forma à nuevas contribuciones.

Y cómo que el hombre todo lo puede, le ocurre que sobre el ganado de labor es facil imponer una contribucion. Y la pública, y la manda. Y no es esto lo peor, sino que el pobre propietario, que paga por la heredad, y que paga por comerse los frutos de aquella heredad, pague tambien para poder trabajarla..... Y sin embargo lo hace.

Durante ese período de treinta y cinco años que *hemos adelantado tanto*, se han hecho à demàs de ello empréstitos tan ruinosos como miserables, los cuales han precipitado nuestro descrédito, y los que nos amagan la bancarrota; empréstitos que nos arrojan una deuda cuya suma asciende á la escandalosísima de *treinta y dos mil, seiscientos millones*.

Añadamos á esto que durante ese mismo tiempo se han enajenado los bienes de la Iglesia; del Clero; de toda suerte de comunidades, tanto religiosas como civiles; de los hospitales, y por fin de las casas de beneficencia, y que estos bienes han producido la enorme suma que produciria la *cuarta parte* de la España si se vendiese, (cuyo producto solo existe en papel), y no podremos dejar de maldecir ese sistema que á tal estado nos ha conducido.

No tiene razon sobrada el pueblo pidiendo economías?

¿Quién le ha arrojado á tan lamentable situacion sino los hombres y los principios que rodeaban á Isabel, y que fuerza será rodeen á D. Alfonso, admitiendo la suposicion absurda de que

venga á ocupar el Trono?

Y despues de ese cuadro tan verdaderamente lastimero, habrá nadie que ose levantar la voz en favor de semejante candidatura? Será español el que tal haga? Y sin embargo se dirá *amigo del pueblo*, de ese pueblo que quiere *economías*, porque está muy pobre, y cuya decidida voluntad cierra las puertas de España á quien no las puede traer.

Désengañense D. Alfonso y todos sus satélites; su pretension es absurda; absurdo que no ven por carriño que guardan al presupuesto, pero que á pesar de ello no pierde su razon de ser.

Mas como no queremos haya nadie que dude de la verdad de cuanto respeto á los gastos hemos sentado, vamos á esponer aquí un sucinto cuadro de ellos, tomando por punto de partida el presupuesto del año del nacimiento de Doña Isabel, y comparando el aumento gradual que ha resultado cada año, y el total que arroja la resta del de 1830, con el de cada uno en particular, y de todos los años en general, hasta primero de Julio de 1867.

He aquí el cuadro:

Estado comparativo del aumento gradual y general de gastos en el presupuesto de España, desde 1.º de Enero de 1830, hasta 1.º de Julio de 1867.

AÑOS.	GASTOS.	Aumento sobre el	Aumento propor-
		año anterior.	cional de 1830.
	Millones.	Millones.	Millones.
1830	592		
1835	894	302	302
1840	894	»	302
1845	1184	290	592
1850	1298	114	706
1851	1449	151	857
1852	1328	»	736
1853	1426	98	834
1854	1586	160	994
1855	1498	»	906
1856	1718	220	1126
1857	1803	85	1211
1858	1984	181	1392
1859	2057	73	1465
1860	2191	134	1599
1861	2360	169	1768
62 y 1.er semes-			
tre del 63.	3845	1485	3253
1863 à 64.	2613	»	2021
1864 à 65.	2558	»	1966
1865 à 66.	2747	»	2155
1866 à 67.	2656	»	2064

Total de los gastos de 1835, hasta 1.º de Julio de 1867... 38289, millones.

Suma á que ascendiera ese total, si se hubiese continuado segun el tipo á que ascendian los gastos del presupuesto en 1830. . . . . 11840. »

Diferencia. . . 26449 millones.

Es decir que el principio liberal ha costado al pais, en solos treinta y treis años, *veintiseis mil, cuatrocientos cuarenta y nueve millones* mas de lo que hubiera costado el régimen de Fernando VII.

Mirando la candidatura de D. Alfonso bajo cualquier prisma, y sobre todo bajo el económico, ¿podría traernos otra cosa, repetimos, que el reinado de su madre, siendo los mismos hombres y principios quienes empuñasen las riendas del gobierno como forzosamente tendría que suceder?

Para aquellos á quienes no importan ni el derecho divino, ni el decoro del Príncipe, ni la vergüenza y caos en que se sumiría la patria, habemos guardado este asunto como objeto final, y creemos que si comprenden sus intereses, dirán á coro con nosotros y la España toda:

—La candidatura de D. Alfonso es tan absurda como imposible. Ese escandaloso aumento del presupuesto pasó el Bidasoa con la familia proscrita..... Y no es esto lo peor; esa cantidad inmensa, no ha servido para otra cosa que para deshonrarnos.

### VIII.

Si la candidatura de D. Alfonso al Trono es por tantas razones imposible; si nadie sueña en la vuelta de Doña Isabel, porque este sueño fuera el de un delirante; si el corazon salta amedrentado dentro del pecho, á la idea tan solo de que un estrangero venga á arrebatarnos nuestra independencia, á adulterarnos el caracter, á corromper nuestras costumbres patriarcales, ya que no á hacernos esclavos de otra potencia europea; si dá risa pensar que la corona de España haya de posarse en unas sienes, que por lo ancianas y faltas de abolengos y brillo aplastaría; si finalmente se quiere un hombre, y un hombre que una á la cualidad de español la nobleza de la cuna, el entusiasmo del amor, los principios restauradores, y sobre todo la bendicion del cielo que

asegure el acierto de su obra; ¿á qué divagar de aquí á allí; á qué cerrar los ojos para no verle, y los oidos á la voz de Dios, que os designa esta persona en la del entusiasta y joven Rey, nuestro amado *Cárlos VII el Restaurador*?

Ah! cuan cierto es que en todas las cuestiones hay siempre un fondo de egoismo! Vosotros los defensores de dichas candidaturas, ya veis la razon que nos asiste; ya veis la necesidad de que se dé una tregua á los dolores de la pátria; ya ois los gritos lastimeros que profiere pidiendo inmensas economías; vosotros que tambien sabeis el modo escandaloso como ha subido el presupuesto desde el año 1830, presupuesto que por vuestra causa ha llegado á la enorme cifra que hemos consignado, y al que tan encariñados estais, que le preferis al bienestar de la pobre España, tan trabajada por vosotros.

¿Y es posible que continúeis en vuestros frenéticos desmanes? Es posible que no querais sacrificar nada á la paz de esa nacion magnánima que tanto ha sacrificado por nosotros?

¿Os duele dejar esos escandalosos sueldos de que disfrutais; esas ruinosas cesantías, que sin ningun provecho os absorveis; esos altos puestos, esas dignidades con que se envanece vuestro infatuado y detestable orgullo?

¡Sepulcros blanqueados, que mientras vuestra lengua encarece vuestro cariño á la pátria, os mofais de ella dentro del corazon; ya vendrá la España á pedir os cuentas de vuestros desaciertos; de vuestros entretenimientos; de su honra y riqueza perdidas por vuestra causa, y entonces os arrancará la máscara con que os cubris, y os abofeteará y escupirá en el rostro á la faz del mundo todo!

¿No comprendéis que es preciso llegue un momento en que se hagan radicales economías, y vuelva á pagar la nacion, si no una cantidad tan módica como pagaba el año 30, (porque vosotros lo habeis hecho imposible), al menos diez veces menor de la de *treinta y dos mil* y pico de millones anuales que se satisfacen ahora?

Y no bastando aun esa ruinosísima contribucion, no compren-

deis que esa deuda que habeis hecho subir á treinta y dos mil y pico de millones, se iría aumentando en proporcion tan colosal, (solo por satisfacer vuestra codicia), que si dentro de diez años nos llegaríamos á vender, con todo el producto de la venta no pagaríamos lo que debieramos?

Ha sonado la hora postrera de la empleomanía y nepotismo; nosotros condensando la voz unánime de la nacion, nosotros eco de sus aspiraciones y deseos, os lo venimos á anunciar.

Ha sonado la hora de las economías, hora que vosotros habeis precipitado, y por lo tanto la postrera de las ambiciones escandalosas; la de la mas estúpida dilapidacion....

Ayer lo erais *todo*; mañana en vez de tantos reyes, solo tendremos uno, justo, entusiasta, grande.... y lo demas serán vasallos, solo vasallos destinados á vivir de su trabajo, y no á costa del presupuesto.

Eso se vino con el liberalismo; eso se ha de ir con él.

¿De qué aprovechan al país tantos ministros cesantes, que si mal no recordamos ascienden á la fabulosa cifra de quinientos, desde el 33 hasta nuestros dias?

¿De qué aprovecha ese número de provincias espantoso, con su espantosisíma cáfila de empleados, que no hacen mas que retrasar los negocios y arruinar el país?

¿De qué aprovechan tantos retiros, cuando la mayoría de los que cobran ese sueldo pueden desempeñar perfectamente el cargo, por haber servido el cual se les retribuye?

Economías, solo economías!.....

Vosotros sabeis que este lema está escrito en la bandera de D. Carlos:

Vosotros sabeis que estas son las constantes aspiraciones del país.

Despilfarro, solo despilfarro!....,

Esta es la enseña de vuestro partido; enseña bien miserable por cierto! Esta es la bandera que tan desvengonzadamente tremolais!

Vosotros tambien sabeis cuanto odia la España esa bandera,

que si fué un dia su ilusion, hoy le inspira tanto mas desprecio, cuanto man entusiasmo ayer.

Todos oimos repetir:

—Economías! economías!

Y esta frase indica para vosotros esta otra:

—La empleomanía ha pasado el Bidasoa á últimos de Setiembre como D.<sup>a</sup> Isabel. El nepotismo no puede volver.

La pátria esquilhada por vosotros, necesita que esas contribuciones tengan una méta, un término.

Necesita que desde el Rey hasta el último empleado mermen su sueldo para acorrer á las necesidades de la España, y esto es lo que promete D. Carlos; esto es lo que nos dará.

Por eso, ¡pobres ciegos! no quereis advertir en él; por eso, pobres moribundos, lucháis á brazo partido con la muerte, sin conseguir mas que precipitarla con vuestros esfuerzos.

Por eso sin contar con el país, prescindís de D. Carlos, pues no os conviene; y haceis recaer el acento en vuestro D. Alfonso, porque representa el sueño dorado de vuestras almas mezquinas, en ese D. Alfonso que sería para España una caja de Pandora sin esperanza.

Pero viviendo se aprende, y el país está desengañado ya de vosotros; de vosotros que tantas veces le habeis prometido lo que no le cumplisteis jamas.

Luchad, desesperaos, no conseguireis nada. Vuestro imperio murió como el de la meretriz á quién se le cubre de canas la cabeza, y de arrugas la cara, y se encuentra por la mañana que todos los cosméticos y afeites no pueden ocultar ya su desgracia.

Si ni por uno ni por otro estilo teneis remedio, sed al ménos aparentemente patriótas; gritad con el país.

—Economías; paz, proteccion.... grandeza!

Y al lado de ese grito, decid tambien con la España:

—La solucion española es de D. Carlos VII; no hay, no puede haber otra.

tiempos en que empiezan á llamarse las cosas, sino por su verdadero nombre, por otro sinónimo al ménos.

Alegareis tal vez los sofismas que tantas veces habeis alegado, y de los cuáles os servisteis tambien cuando con magnánimo desinterés se desprendió Isabel II de una parte del patrimonio de la Corona? Direis que la Nacion lo podia hacer?

Pues os equivocais; un acto malo nunca pierde su cualidad de malo, lo mismo si lo ejecuta un particular, como si lo lleva á término un Estado. La moral es una para todos.

Cuando los bienhechores cedieron sus propiedades á la Iglesia, de seguro que no procedieran así, á presentir que se le habian de enajenar un dia; á presentir que se le diria á esa Iglesia, que tanta confianza y amor les inspiraba, que aquellos bienes eran mostrencos. Ellos consagraban sus dádivas al sustento y esplendor del culto y clero, no á pasto de torcidos deseos y de un egoismo criminal.

Y no se nos diga que eran adquiridas ilegítimamente, porque esa impostura está manifiesta á todos ya, está probada como hija de la mala fé de los liberales. Y aun que fuese así, (lo que nosotros negamos rotundamente), y aun que fuese así; repetimos, no se deduce por la misma lógica, que si la Nacion debia incautarse de esos bienes por ser mal adquiridos, debia tambien hacerlo con todos los de aquellos, que como muchos políticos contemporáneos tienen inmensas posesiones, que no se sabe, porque no se quiere, su escandalosa procedencia? Y aun que fuese así, juzgando por la misma ley, cuántos otros propietarios tanto improvisados como no, hubieran habido de pasar por ella antes que la Iglesia?

Y esos bienes no se hallan ilegítimamente adquiridos ahora por la ilegitimidad del vendedor? Pues entónces por la misma ley se habrian de volver á vender, y este sería el cuento de nunca acabar.

Sofismas, sólo sofismas! Hasta ahora no hemos hallado nadie que haya podido probarnos esa especie, con una razon que tenga apariencias de serlo; con un argumento que no tiemble por su base.

Vosotros ya lo sabeis, y si os trajesen, diré como un insigne orador ha dicho en el Congreso, si os trajesen á vuestro bufete el pleito de esa ilegitimidad pretendida, y de esa razon que al clero se niega, lo dariais al momento por ganado en favor del último.

Por qué pues no habeis de obrar siendo hombres públicos del mismo modo que obrariais privadamente?..... Llegados á este punto tal vez nos digais:

—Entonces ó no se *pagará* al clero, ó no se pueden llevar á cabo las economías enunciadas mas atrás.

A lo primero debemos hacer una variante; al clero no se le *paga*, se le *indemniza*, se le satisface una deuda sagrada, una deuda en cuya escritura de reconocimiento está la firma de España.

Hecha esta pequeña salvedad, que no deja de tener grande importancia, debemos decir para soltar la objecion, que en el Concordato se consignó dar á la Iglesia el rédito del tres por ciento del valor total de las posesiones enagenadas.

Cumpliendo D. Carlos con dicho pacto, que de paso debemos consignar no se ha cumplido todavía, capitalizará el valor de las fincas, entregando el rédito á quien de derecho pertenece.

Hé aquí como se salvan los dos inconvenientes que se nos pueden ofrecer, inconvenientes que parecen insuperables, y que sin embargo hemos destruido con tanta facilidad.

Ahora bien, tranquilos ya por vuestros intereses, podeis proclamar la monarquía de D. Alfonso? Si tal hicierais, diriamos que no los comprendeis, ó que por un necio empeño de que prevenga una opinion que no sentís, sacrificais la dicha de la patria en aras de vuestro orgullo.

—Si alguno de esos que tantas veces os han engañado, masas, os dijeren lo contrario, contestadle simplemente las verdades que acabamos de esponer. No hay otras; no tienen réplica. Carlos VII, solo Carlos VII que os ama y no tiene á las espaldas el socialismo como D. Alfonso, puede garantiros la seguridad y preponderancia de vuestras propiedades.

No temais par ellas, os repetimos, porque él tambien quiere

que se le respete la suya; él que no quiere para nadie lo que no quiere para sí, como buen católico.

Y sabéis cual es la propiedad de D. Carlos? No el Trono; no el cetro, ni la corona; esas son propiedades suyas á las que diera poca importancia, sino la de haceros dichosos, muy dichosos, tal como jamás habeis sido.....

Esta propiedad es la que no puede consentir que le arrebaten. Ved sus propias palabras:

—Quisiera yo haber nacido en otra clase para ser General de caballería; mas puesto que nací Rey, tengo obligacion de salvar á España ó de morir por ella.

Esto decia al célebre y sábio D. Antonio Aparisi y Guijarro en una conversacion íntima.

Y en otra parte continuaba:

—No quiero ser Rey de un partido, sino de españoles.

Tranquilizaos pues los que temiais su candidatura, y enarbolad sin miedo la bandera blanca, en la que haya escrita esta leyenda:

CARLOS VII EL RESTAURADOR PARA DICHA DE LA ESPAÑA.

### CONCLUSION.

Aunque parezca pecamos un poco de inmodestos, y aun á pesar de que se nos tilde de jactanciosos, debemos decir en un verdadero espíritu de sinceridad, que toda nuestra vida hemos profesado un entrañable amor á la Inmaculada Concepcion de María.

Y cómo no, si nuestra madre nos consagró á Ella al nacer, y los primeros acentos que percibió nuestro oído infantil fueron los del sagrado nombre de la de Dios?

Y como nó si somos españoles antes que todo, y la Concepcion Inmaculada la égida y protectora de nuestra España?

Pues bien; ese amor, ese sentimiento por la Reina de los Angeles, nos han inspirado hácia Ella una confianza tan completa y

omnímoda, que creemos está salvado todo cuanto nos atrevemos á poner bajo su cariñosa proteccion.

La primer noticia que llegó á nosotros del triunfo de Alcolea, y de los principios del programa de Cádiz, nos hizo temblar por España, mas pronto nos tranquilizamos, escapándose espontánea de nuestro corazon, y sin que los labios se apercibiesen de que la proferian, esta frase:

—La Virgen María es la propietaria de España, y no puede consentir que su patrimonio se pierda. Ella nos salvará en la boca misma del abismo. No caeremos en él, estoy seguro.

Poco despues aparecia D. Carlos en el nebuloso horizonte de la patria, como la estrella del dia en el Oriente; bello como la esperanza, radiante como la luz.

Otra esclamacion espontánea se escapó de nuestro corazon. Héla aquí:

—La Virgen María nos manda el ángel de salvacion. D. Carlos ha sido elegido por Ella para administrador de su patrimonio.

Y las nieblas del horizonte iban disipándose, y apareciendo el alba del dia de la restauracion.

En nuestras meditaciones sobre el estado y porvenir de España, solo veíamos un punto claro, lucido, necesario; D. Carlos. Mas desconfiábamos de nosotros mismos á veces, porque temíamos fuesen nuestras razones hijas de una halagüeña y ansiada ilusion.

En una palabra; veíamos la necesidad; y lógica en mano sacábamos la consecuencia de que él solo podia venir á España..... pero por otra parte temíamos la intervencion del espíritu del mal, cuando llegó á nuestras manos para tranquilizarnos, una hoja suelta que publicó *La Voz de Lérida Católica*, en la cual se copiaba una profecía de Casándra y S. Isidoro.

Ante ella desaparecieron todas nuestras desconfianzas y temores, y solo la mas risueña esperanza alumbraba desde entonces nuestro corazon, inspirado por nuestra fé.

No nos cabe duda ya, la Inmaculada Virgen salva la España en D. Carlos, y quiere engrandecer su patrimonio.

No queremos privar á nuestros lectores de esa profecía, y la copiamos por consiguiente á continuacion: ojalá se tirasen millares de ella para esparcirlos entre las masas, y avivar su fé, asegurando su esperanza. Nosotros creemos que quien la esparciese, haria por nuestra causa la mejor propaganda.

«Ahora, he aquí la hoja íntegra:

Una persona tan piadosa como ilustrada ha remitido á la Redaccion de *La Voz de Lérida Católica* la siguiente prediccion que no dudamos llamará la atencion de los lectores, atendidas las circunstancias que hoy dia atraviesa España.

El célebre y erudito P. Vieyra en el tomo 4 de sus obras; párrafo XI, trae la siguiente prediccion. hallada en el antiguo convento de Alemguer, y copiada por su fundador el Santo fray Zacarias, discípulo del patriarca S. Francisco; el cual de Guimaraes, donde estaba, le envió á edificar aquel convento.

*«Isidorus, et Casandra filia Priami, Regis Trojanorum, concordati in unum dixerunt: In ultimis diebus in Hispania majori regnabit Rex bis pie datus: et regnabit per feminam, cujus nomen inchoabitur per Y græcum, et terminabitur per L., et dictus rex ex partibus Orientalibus veniet, et regnabit in juventute; ipse expugnavit spurcicias Hispaniarum, et quod ignis non devorabit, vastabit gladius: regnabit super domum Agar, et obtinebit Jerusalem, et super sanctum sepulchrum signum crucis ponet, et erit monarcha maximus.»*

Hé aquí ahora la traduccion.

«Isidoro, (1) y Casandra (2) hija de Priamo, rey de los Troya-

«(1) Este Isidoro es san Isidoro, arzobispo de Sevilla, que floreció en la mitad del siglo séptimo de la Iglesia, y cuyas famosas profecias sobre la España han sido siempre tan respetadas y exactamente cumplidas: entre ellas la de la invasion de los sarracenos.

(2) Muchos autores antiguos la cuentan en el número de las Sibilas, y por lo mismo anteriores á la venida de Jesucristo.

nos, concordes en un mismo sentido, anunciaron: En los últimos tiempos (3) reinará en la España mayor (4) un rey dado dos veces misericordiosamente; y reinará por (5) una mujer, cuyo nombre empezará en Y griega (6) y acabará por L, y dicho rey vendrá de los países Orientales, y reinará en su mocedad: él mismo combatirá las inmundicias de las Españas, y lo que no devorará el fuego (7), lo devastará la espada: reinará sobre la casa de Agar (8) y conquistará á Jerusalem, colocará la cruz sobre el santo sepulcro, y será un monarca muy grande.»

(3) No debe entenderse esto de los tiempos cercanos al fin del mundo, del cual nada sabemos; sino en tiempos muy remotos. Tal es el sentido con que los profetas en los libros santos usan estas frases: *en los últimos tiempos; en los dias postreros, etc.*

(4) A diferencia del Portugal, que puede llamarse: la España

(5) Esta proposicion *per* puede tener diferentes sentidos: Puede significar: por obra de, por causa de, por sucesion de, por sustitucion de, los desaciertos de *una mujer*, etc. ña menor.

(6) Aunque en la moderna ortografia se ha dado en escribir el nombre de Isabel con I latina, en todos los escritos mas y menos antiguos le vemos escrito con Y griega.

(7) El espíritu, las tendencias, los planes é intenciones que revelan los revolucionarios, demuestran que esos estragos del fuego serán obra suya, no del rey que se anuncia.

(8) La casa de Agar significa la raza árabe esparcida por la parte septentrional del Africa y la occidental de Asia.»

Ahora bien, espíritus entusiastas por nuestra causa, estad seguros que Dios nos protege, y por lo tanto que vencerémos.

Moderad un poco vuestra laudable impaciencia, y esperad.....

No está lejano el día en que veamos ondear do quiera el pavellon de *Cárlos VII el Restaurador*, altivo, triunfante, lleno de gloria y de prez.

Que día aquel para España!.....

En tanto lo mejor que podeis hacer para la causa es esperar...

—*Paciencia; solo un poco de paciencia.....* diremos al terminar este humilde trabajo, porque estamos exactamente conformes con Aparisi y Guijarro.

Paciencia y confianza en la *Patrona de las Españas*. *Ella es el sosten de la causa de D. Cárlos, porque en esta únicamente se apoya toda verdad, toda justicia.*